

CAP 17

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

Capítulo 17

La misión de la Iglesia

Byron D. Klaus

Todo estudio sobre la misión de la Iglesia lleva a los que participan en él a considerar los cimientos mismos sobre los que edifican su identidad. Ciertamente, los pentecostales se han hecho notar por su respuesta obediente a la misión redentora encomendada a todos los cristianos. No obstante, cada generación debe alcanzar una nueva valoración de la misión y los propósitos alrededor de los cuales ha de centrar su identidad.¹

Nuestra perspectiva sobre la Iglesia y su misión está profundamente enraizada en nuestra experiencia con Cristo y con el Espíritu Santo. Sugerir que podemos alejarnos de la influencia de este encuentro espiritual y limitarnos a teorizar acerca de la Iglesia y de su misión, equivale a quitar de nuestro llamado una parte esencial. Aunque otras tradiciones religiosas puedan ver aún al movimiento pentecostal como centrado principalmente en las experiencias, no debemos permitir que esto arroje sombras sobre la obra soberana de Dios que ha hecho su entrada en el mundo nuevamente en el siglo veinte. El Espíritu ha capacitado benévolamente a nuestro movimiento para que permanezca firme como testimonio de la capacitación necesaria para que la Iglesia sea vehículo de la misión redentora de Dios.²

17.1 UNA COMPRENSIÓN BÍBLICA DE LA MISIÓN

Aunque los temas del poder de Pentecostés y de la misión sean importantes dentro de nuestra reflexión sobre la Iglesia, la comprensión verdaderamente bíblica de la misión deberá edificar sus fundamentos en la Escritura entera. Desde la creación hasta la consumación, la Biblia presenta la reconciliación como algo central dentro de la personalidad de Dios. La misión de Dios en cuanto a reconciliarse con la humanidad, presentada con autoridad en las Escrituras, revela la fuente de nuestra motivación primaria con respecto a la misión de la Iglesia.

17.1.1 Fundamentos en el Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento nos da las imágenes iniciales de un Dios que busca redimir a un pueblo que refleje su gloria. La historia temprana del pueblo de Dios está situada dentro del contexto de “las naciones” ([Génesis 12:3](#); [22:17](#)). Esto es profundamente significativo para el desarrollo del intento redentor de Dios con respecto a la humanidad.¹

[Génesis 1:26–28](#) revela que esa humanidad fue creada a imagen de Dios. Aunque este hecho exija una amplia explicación, para nuestro propósito actual, hay dos elementos clave que son evidentes: (1) Hemos sido creados para tener comunión con Dios. (2) Tenemos la responsabilidad — evidente a partir de la realidad de que fuimos hechos a imagen suya — de mantener nuestra relación con Dios. Toda la raza humana comparte un origen y una dignidad comunes, debido a sus raíces comunes. Nunca podremos pensar en el mundo sin ver a Dios como el Dios de toda la humanidad. Nosotros estamos sujetos a Él y vivimos en la esfera de su actividad redentora.²

El Génesis (del capítulo 1 al 11) recoge los principios de la historia; el Apocalipsis revela su culminación. El carácter redentor de Dios se halla siempre presente en el tema de la salvación; un tema que se abre paso a través de la complejidad de la historia y tendrá su punto culminante cuando una cantidad incontable de seres humanos de toda “tribu y lengua” se reúnan alrededor del trono de Dios ([Apocalipsis 5:9–10](#); [7:9–17](#)).

En el relato sobre la familia de Abraham, vemos el comienzo del alcance mundial de la redención ([Génesis 12:1–3](#)). Dios no escogió a un hombre o a un pueblo, excluyendo al resto de la humanidad. Al contrario; Abraham e Israel fueron escogidos a fin de que sirviesen como medio para traer bendición a todos los pueblos de la tierra ([Génesis 12:3](#)).³ Las relaciones de Dios con Abraham e Israel tenían por propósito expresar sus intenciones redentoras sobre todas las naciones.¹

Israel, el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, tenía todo un historial de olvidos con respecto a por qué Dios lo había escogido. Su orgullo se convirtió en fuente de numerosas tragedias. Dios usaba continuamente líderes proféticos inspirados por su Espíritu para recordarles su propia identidad como “luz de las naciones” ([Isaías 49:6](#)). En [Éxodo 19:4–6](#) se describe a Dios rescatando a Israel de Egipto como un águila que supervisa a sus aguiluchos mientras éstos aprenden a volar. Israel era una “posesión atesorada”. La tierra entera es del Señor, pero Israel debía ser “un reino de sacerdotes y una nación santa”; santa, en el sentido de haber sido separada para Dios, a fin de llevar a cabo su propósito de bendecir a todas las naciones.

En un pasaje paralelo ([Deuteronomio 7:6–8](#)), Dios le recuerda a su pueblo que no se ha ganado esta posición debido a su grandeza, ni en cuanto a cantidad, ni en cuanto a calidad. Ellos eran su posesión atesorada por decisión y gracia de Él, y porque Él es amor. Por ser el pueblo santo de Dios, ellos debían manifestar su amor. Por consiguiente, su amor hacía de ellos “un reino de sacerdotes”. En este pasaje, Dios les estaba recordando su misión. El pueblo de Dios debía funcionar en nombre de Dios, con un papel mediador ante las naciones. Como “nación santa”, deberían estar totalmente entregados a los propósitos para los cuales habían sido escogidos y situados. Su identidad tenía como única fuente el amor de Dios, y su razón de ser no tenía otro origen, más que el que había definido el Señor.²

Hay otro pasaje del Antiguo Testamento que nos da una clara perspectiva de las intenciones de Dios con respecto a su pueblo. El [Salmo 67](#) es un salmo misionero; una oración donde se pide a Dios que tenga a bien bendecir a su pueblo. Las bendiciones de Dios les demostrarían a las naciones que Él es misericordioso. Su salvación se daría a conocer y todas las naciones de la tierra se unirían en gozosa alabanza. Es probable que se acostumbrara cantar este salmo en conexión con la bendición del sumo sacerdote (véase [Números 6:24–26](#)). Aquí vemos un mensaje para el pueblo de Dios del Antiguo Testamento y para la Iglesia de hoy: Dios le da a su pueblo el papel central en la tarea mediadora de proclamar y manifestar su nombre (es decir, su personalidad) y su salvación ante las naciones.

El pueblo de Dios ha sido llamado (1) a proclamar su plan ante las naciones ([Génesis 12:3](#); véase lo dicho anteriormente); (2) a participar en su sacerdocio como agentes de bendición para las naciones ([Éxodo 19](#); [Deuteronomio 7](#)); y (3) a manifestar sus propósitos ante las naciones ([Salmo 67](#)).¹

17.1.2 El Siervo de Yahwé

La misión redentora de Dios, que se ve con claridad máxima en Jesucristo, debe ser contemplada contra el telón de fondo de lo que Dios ya había estado haciendo a lo largo de todo el período de preparación y expectación del Antiguo Testamento. En [Isaías 49:3–6](#), este aspecto es presentado con gran fuerza. En el versículo 3 se le llama “Israel” al Siervo; sin embargo, aquí no se puede tratar de la nación de Israel, puesto que el propósito de Dios es utilizar al Siervo para traer la restauración *a Israel* (v. 5).² Dios también le dice al Siervo: “También te di por luz de las naciones,

para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra” (v. 6). El Espíritu Santo estaba sobre Simeón cuando éste tomó a Jesús niño en sus brazos y alabó a Dios por Él, como el cumplimiento de [Isaías 49:6](#) (Lucas 2:25–32). Jesús puso esa misión en manos de sus seguidores en [Lucas 24:47–48](#) y [Hechos 1:8](#), ordenándoles además que esperaran la promesa del Padre de que recibirían poder de lo alto. El mismo versículo (es decir, [Isaías 49:6](#)) dio mayor apoyo al envío de la salvación de Dios a los gentiles ([Hechos 28:28](#)).

Por tanto, la encarnación de Cristo manifestó en carne humana la personalidad reconciliadora de Dios. En su soberana gracia, Dios trata de restaurar su creación a sí mismo. La identidad y misión de la Iglesia están enraizadas en quién es Jesucristo, y en lo que Dios ha realizado a través de Él. Al tratar de comprender a la Iglesia y su misión, siempre debemos regresar a la misión redentora, articulada y modelada con tanta claridad por Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios.³

Vemos en Jesucristo el testimonio más fundamental a favor del reino de Dios. Su reinado fue personificado en Jesús, como vemos en su ministerio y sus milagros. Su vida, muerte y resurrección nos dan la seguridad de que cuando Él regrese, hará añicos el orgullo y la autonomía que han destruido las relaciones, tanto entre las naciones como entre las personas. En Jesús vemos el poder de Dios que algún día neutralizará el dominio de los reinos humanos para llenar el mundo con un dominio de justicia.¹ El reino, o gobierno de Dios a través de la vida y el ministerio de Jesús — reveló su poder para destruir cuanto intente el pecado a fin de estrangular a la humanidad. Éste es el fundamento de la misión mundial de la Iglesia en la era presente.²

Debemos entender la proclamación de las buenas nuevas del reino de Dios hecha por Jesús en función del pacto con Abraham, en el que se declara el propósito divino de bendecir a todos los pueblos de la tierra ([Génesis 12:3](#)).³ Jesús no dejó lugar a dudas sobre la entrada del reino de Dios en la historia, aunque su consumación se halle aún en el porvenir ([Mateo 24:14](#)). Puesto que este reino se manifiesta ahora a derecha del trono del Padre, donde Jesús ha sido exaltado y está intercediendo por nosotros ([Hechos 2:33–34](#); [Efesios 1:20–22](#); [Hebreos 7:25](#); [1 Juan 2:1](#)) y desde donde “ha derramado” el Espíritu Santo prometido ([Hechos 2:33](#)), la Iglesia puede seguir adelante con toda confianza. El testimonio autorizado a favor del ministerio terrenal de Cristo que aparece escrito en los evangelios, nos ayuda a comprender dónde hallaremos nuestra razón de ser y cómo haremos para ofrecer nuestros servicios dentro de la misión de Cristo.

Esencial para toda comprensión de la Iglesia y de su misión es estar conscientes de que todo intento de ministrar en el nombre de Cristo debe ser una réplica de su ministerio, sus propósitos, su personalidad y su poder. Nuestro ministerio sólo es legítimo si es un representante genuino del ministerio de Cristo. Todo esfuerzo presentado como ministerio suyo deberá reflejar sus propósitos redentores eternos. Cristo camina entre nosotros con la intención de ministrarles a los pueblos descarriados, quebrantados, cautivos y oprimidos del mundo. Ser cristiano es preguntar dónde está obrando Cristo entre nosotros y cómo nos podemos unir a su labor. Ese propósito eterno es la única causa digna de que nos unamos a ella, y de guiar hacia delante al pueblo de Dios.⁴

17.1.3 Fundamentos en el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento recoge el testimonio, no sólo del ministerio terrenal de Cristo, sino también del surgimiento de la Iglesia como la expresión más plena del pueblo de Dios. Los temas que hallamos en las Escrituras son numerosos y proporcionan con facilidad adecuado apoyo para cualquier intento serio por hacer una reflexión teológica sobre la misión de la Iglesia. Hay varios textos clave que nos proporcionan un lugar donde empezar.

La orden con respecto a la misión la encontramos en los cuatro evangelios y en el libro de Hechos. Jesús, puesto que se le había entregado toda autoridad en el cielo y en la tierra, dijo: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” ([Mateo 28:18–20](#)).

La palabra traducida “id” (gr. *poreyzéntes*) no es un mandato. Al pie de la letra, significa “habiendo ido”. Jesús da por supuesto que los creyentes irán, ya sea por causa de un llamado, o por descansar, o por la persecución. El único mandato que aparece en el pasaje es “haced discípulos” (gr. *mazetéysate*), lo cual comprende bautizarlos y seguirles enseñando continuamente.

[Marcos 16:15](#) también recoge este mandato: “Habiendo ido por todo el mundo, proclamad [anunciad, declarad y manifestad] las buenas nuevas a toda la creación” (traducción literal).

[Lucas 24:45](#) nos dice cómo Jesús les abrió el entendimiento a sus seguidores “para que comprendiesen las Escrituras”. Entonces les dijo: “Así

está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:46–47). Sin embargo, tenían que esperar hasta que Jesús les enviara lo que el Padre había prometido, de manera que estuviesen “investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:49).

Jesús dijo también que una de las razones por las que enviaría al Espíritu era porque Él convencería al mundo “de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8). Entonces, cuando los discípulos lo vieron resucitado, el Señor les encomendó su misión, diciéndoles: “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21). Con todo, ellos no tendrían que ir en su propia fortaleza. Las palabras finales de Jesús antes de su ascensión confirmarían que aquella orden se debería cumplir en el poder del Espíritu (Hechos 1:8). Por medio de ellos, el Espíritu haría la obra de convencer al mundo.

Más tarde, el apóstol Pablo describió cómo ha de entenderse la Iglesia a sí misma, y cómo debe entender su misión (2 Corintios 5:17–20). El versículo 17 afirma que ha venido el reinado de Cristo con gran poder; que ha amanecido la aurora de la nueva era de victoria en la reconciliación. Los versículos 18–20 indican con claridad que ahora los creyentes, quienes son llamados “embajadores de Cristo”, hacen palpable la victoria de éste. Pablo describe a una Iglesia cuyos miembros, por medio de sus acciones, manifiestan ante el mundo lo que significa reconciliarse con Dios. Demanda que la Iglesia, por medio de su vida corporativa, manifieste ante el mundo la personalidad de Dios, un Dios de reconciliación. Con firmeza e iniciativa, como embajadores de Cristo, debemos llamar a la humanidad a la reconciliación con Dios. Nuestra misión como Iglesia halla su importancia en el hecho de compartir con un mundo agonizante a un Dios cuyo propósito es tener “un pueblo en cada pueblo”.¹

En Efesios Pablo describe a la Iglesia como centrada en su misión. Echa a un lado todo intento por parte de los cristianos de concebir a la Iglesia y su misión como un simple programa; esto es, unas misiones en el extranjero y en la nación que se deben tratar sólo con una insistencia protocolaria, sin que tengan prioridad alguna sobre incontables programas más. En Efesios se presenta una nueva y vibrante comunidad de personas que reflejan el reinado de su Rey victorioso en todos los aspectos de sus relaciones. A esta comunidad de creyentes no se le deja la tarea de preguntarse para qué han sido llamados y capacitados sus miembros. Los creyentes están íntimamente relacionados con el Dios del que dan

testimonio ([Efesios 1:9–10](#)). Están unificados en la identidad que el mismo Señor Jesucristo le dio a la comunidad. Su preocupación principal es su única gran razón de ser: continuar la misión reconciliadora de Cristo, para cuya extensión la Iglesia ha recibido ahora poder.²

Pablo destaca el hecho de que todas nuestras consideraciones acerca de la Iglesia y de su misión no son simples abstracciones; sencillamente, unos temas sobre los cuales se debe hablar o discutir. La Iglesia es una comunidad visible que refleja la misión de un Dios reconciliador. La Iglesia debe ser la “hermenéutica del evangelio”; el lugar donde la gente pueda ver el evangelio representado en vivos colores ([2 Corintios 3:3](#)). Nos podríamos preguntar cómo se puede hacer que el evangelio sea tan digno de crédito y tan poderoso, que la gente llegue a creer realmente que un hombre que estuvo colgado de una cruz tiene la última palabra en los asuntos humanos. Sin duda alguna, la única respuesta — la única hermenéutica del evangelio — es una congregación de seres humanos que lo crean y vivan de acuerdo a él ([Filipenses 2:15–16](#)). Esto equivale a decir que sólo una Iglesia en misión puede dar una respuesta adecuada a la necesidad de reconciliación por la que clama el mundo sin saberlo.¹

La primera epístola de Pedro hace de la Iglesia un tema prominente. En el capítulo segundo, Pedro toma libremente diversos temas del Antiguo Testamento y se los aplica a la Iglesia. En los versículos 9 y 10 se refiere a pasajes del Antiguo Testamento en Deuteronomio y en Éxodo (sobre los que hemos hablado brevemente con anterioridad en este capítulo). La Iglesia debe ser un despliegue corporativo de reconciliación; esto es, un sacerdocio real. La Iglesia es un pueblo santo separado para una misión bien definida. Los creyentes proclaman la buena nueva de que Dios los ha redimido de las tinieblas de la autodestrucción y del dominio de Satanás. Ahora se encuentran en la luz divina, que revela su identidad y razón de ser como pueblo de Dios. En estos versículos, Pedro sintetiza su concepto de la Iglesia y de su misión. La misión de la Iglesia se apoya en la misión de Dios de reconciliar a la humanidad consigo mismo. La Iglesia declara en medio de todos los pueblos lo que Dios ha hecho en Jesucristo. Pedro casi parece estar recordando la admonición del [Salmo 96:3](#): “Proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas.”²

Se ve con claridad que el Nuevo Testamento presenta a una comunidad capacitada por el Espíritu para continuar la misión divina de reconciliación. Con Cristo y el Espíritu, la Iglesia ya ha comenzado su existencia como el pueblo de Dios que no sólo tiene raíces en el pasado, sino también, lo que es más importante, centra su atención en el futuro. Esta última dimensión les da una sensación de seguridad y arrojo a los

miembros del pueblo de Dios mientras viven a plenitud la *koinonía* (“comuni3n”, “amistad”) del Esp3ritu y dan a nivel mundial un poderoso testimonio a favor de las buenas nuevas de Jesucristo.³

17.2 EL PODER PARA LA MISI3N

Central dentro de una comprensi3n de s3 mismo por parte del cristiano, se encuentra la afirmaci3n profundamente enraizada de que la misi3n de reconciliaci3n para la que nos capacita el Esp3ritu Santo nos proporciona la esencia de nuestra identidad: Somos un pueblo llamado y capacitado ([Hechos 1:8](#)) para compartir con Cristo el trabajo dentro de su misi3n redentora. Entonces, lo que significa ser pentecostal se halla al menos parcialmente incorporado dentro de una evaluaci3n de la naturaleza y las consecuencias del bautismo pentecostal, tal como aparece en [Hechos 2](#). Hist3ricamente, los pentecostales han afirmado que este don del d3a de Pentecost3s, prometido a todos los creyentes, es un don de poder para cumplir una misi3n.¹ A los pentecostales se les llama as3, afirma el mision3logo pentecostal Melvin Hodges, porque creen que el Esp3ritu Santo viene hoy a los creyentes, tal como lo hizo con los disc3pulos en el d3a de Pentecost3s. Este encuentro nos proporciona la gu3a y la presencia capacitadora del Esp3ritu. En las consecuencias se incluye una manifestaci3n evidente de su poder para redimir y para llevar adelante la misi3n de Dios.²

17.2.1 *El significado del poder de Pentecost3s*

El d3a de Pentecost3s les trajo consigo a los disc3pulos de parte de Jes3s el don del poder del Esp3ritu. Este derramamiento prometido del poder del Esp3ritu sobre los que estaban esper3ndolo les hizo posible seguir haciendo y ense3ando aquellas cosas “que Jes3s comenz3 a hacer y a ense3ar” ([Hechos 1:1-2](#)). El don del Esp3ritu sugiere que los cristianos fueron capacitados el d3a de Pentecost3s con la misma unci3n que hab3a recibido Jes3s para su misi3n. Este derramamiento de poder produjo seguridad en los ciento veinte y en aqu3llos que eran a3adidos diariamente a la Iglesia. No se les abandonar3a a sus propias fuerzas para que llevaran a cabo su tarea. Por consiguiente, el poder pentecostal fue central para la comprensi3n de s3 misma y de su raz3n de ser que ten3a la Iglesia Primitiva. Dos mil a3os despu3s, el poder de Pentecost3s sigue siendo vital para la autocomprensi3n de la Iglesia. Debemos buscar continuamente y adquirir mayor claridad con respecto a 3l.³

En el d3a de Pentecost3s surgi3 una comunidad carism3tica como el

lugar primario de residencia del dominio de Dios. Los creyentes podían ir adelante en su declaración del reino de Dios porque el Cristo reinante había venido sobre todos ellos por el Espíritu. Ahora debían dar testimonio a favor del reinado de Cristo, llamando la atención en palabras y obras a la personalidad y el poder lleno de autoridad del Rey. “El Pentecostés es el ofrecimiento que Dios hace de sí mismo en una adecuación total a sus hijos, hecho posible por la obra redentora de su Hijo Jesucristo. El pentecostés es el llamado de Dios a sus hijos a ser purificados internamente y capacitados para dar testimonio.” La venida del Espíritu fue el primer adelanto del reino de Dios y un testimonio a favor de su realidad. También fue un testimonio sobre la continuación de la misión redentora de Dios, que es llevada adelante hasta las “regiones más lejanas” con infatigable fervor y sostenida por el despliegue de los dones.¹

Como se afirmara anteriormente, el pentecostés es de vital importancia para la autocomprensión de los pentecostales. No sólo es un acontecimiento significativo dentro de la historia de la salvación, sino que el don pentecostal en sí mismo proporciona profundas consecuencias para un estudio de la Iglesia y de su misión; Está unido, tanto a la formación de la misión de la Iglesia de proclamar las buenas nuevas, como a su misión de crear pautas de vida redimida que den el testimonio de una vida transformada.²

17.2.2 La comprensión de la misión por parte de Lucas

El desarrollo que hace Lucas de esta vital conexión entre el bautismo en el Espíritu y la eficacia de la Iglesia en su misión se puede ver en la forma en que se relacionan entre sí por lo menos tres textos del evangelio de Lucas y de Hechos. [Lucas 24:49](#) nos da una perspectiva de misión al centrarse en la necesidad de recibir poder para la tarea que se tiene por delante: “He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.” Este tema de ser investidos de poder para cumplir su misión aparece de nuevo en [Hechos 1:8](#), cuando Jesús, a punto de ascender al Padre, les vuelve a afirmar a sus discípulos: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” La promesa fue cumplida en el día de Pentecostés, tal como se describe en [Hechos 2](#). El bautismo en el Espíritu, con su evidencia externa de las lenguas, es vital para el cumplimiento de la promesa que vemos presentada a través de los tres textos.

Las palabras inspiradas de Pedro después del derramamiento del día de Pentecostés demuestran que él había recibido una notable aclaración sobre la misión que Cristo había venido a comenzar. Mientras hablaba por el Espíritu, identificó las consecuencias apostólicas de la profecía del antiguo profeta Joel. Vio claramente la venida del Espíritu en el día de Pentecostés como una confirmación de que habían llegado “los postreros días” (Hechos 2:14–21). Es decir, que la era de la Iglesia, la era del Espíritu, es la última era antes del regreso de Cristo para establecer su reino en la tierra. No habrá otra era más antes del Milenio. Pedro explica además que la venida del Espíritu hizo ver con claridad que la obra de Cristo era una obra victoriosa, y que su lugar como Señor y Cristo estaba asegurado (Hechos 2:34–36).¹

Pedro experimentó entonces algo que fue una consecuencia sumamente importante de su capacitación por medio del bautismo en el Espíritu: se convirtió en vocero del Espíritu Santo para la proclamación de las buenas nuevas del perdón a través de Jesucristo, y lanzó un llamamiento general a la reconciliación con Dios. Había recibido poder para anunciar las buenas nuevas de esa reconciliación. Al mismo tiempo, llevó a sus oyentes a comprender que la respuesta obediente al mensaje de reconciliación tendría por consecuencia que se convertirían en la comunidad de personas que manifestaría vívidamente, por medio de un nuevo orden redentor de la humanidad, lo que significa haberse reconciliado con Dios (Hechos 2:37–40). El resto del capítulo dos nos presenta una rápida ojeada a la primera Iglesia. Vemos cómo los creyentes trataron de dar realidad física al llamado del bautismo en el Espíritu a ser una comunidad nacida del Espíritu, con la misión de dar testimonio por el Espíritu a favor del ministerio de Cristo, que seguía activo.

Una teología pentecostal sobre la misión de la Iglesia debe tomar en serio el hecho de que el bautismo en el Espíritu es una promesa cumplida. La línea de argumentos que presenta Lucas a lo largo del libro de Hechos muestra la naturaleza del papel del Espíritu en el plan redentor de Dios. La estructura de Hechos muestra cómo la intención por la que se produjo esta capacitación fue mover al pueblo de Dios a través de los escenarios geográficos y culturales del mundo con las buenas nuevas del evangelio. La Iglesia rompe con la miopía del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, y comienza a reflejar la naturaleza universal del eterno plan redentor de Dios.¹

El poder pentecostal hace posible las diversas expresiones del ministerio que aparecen en Hechos. El Espíritu Santo es el director de la misión. No sólo capacita a las personas para dar testimonio, sino que

también las dirige en cuanto a dónde y cuándo ha de tener lugar ese testimonio.

A medida que el evangelio fue saliendo más allá de los límites de Jerusalén se cruzaron vastas fronteras culturales (**Hechos 8**). Los cristianos que salían de Jerusalén proclamaban el evangelio “por todas partes” (v. 4). Los versículos 5–8 recogen la proclamación del evangelio a los samaritanos por Felipe, y los poderosos encuentros que resultaron, en los cuales el evangelio triunfó y produjo “gran gozo”.

Hechos 10 presenta cómo Dios hizo que la Iglesia comprendiese que se debía incluir a los gentiles en el reino de Dios. En la Iglesia se deben incluir todos los pueblos, y debe dar testimonio activo a favor del hecho de que el evangelio es para todas las naciones. La visitación angélica y los sueños también parecen indicar que probablemente, lo sobrenatural haya sido de hecho lo normal en este plan redentor de Dios, a medida que Él se lo daba a conocer a los gentiles.

Hechos 11:19–26 revela la entrada de numerosos gentiles en la iglesia de Antioquía. Bernabé fue enviado para ayudarlos y evaluó esta iglesia en crecimiento como verdaderamente legítima. El resultado fue una genuina iglesia multicultural en la que se incorporaban tanto el hecho de que se debía predicar el evangelio con poder hasta los “confines de la tierra”, como el que quienes lo hubiesen oído debían responder con una transformación genuina en la forma en que vivían y en sus relaciones mutuas. El hecho de que “a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía” (v. 26) indica que los demás reconocían el cambio.

Este testimonio tan único a favor del poderoso movimiento del evangelio a través de fronteras culturales y geográficas dio gran fruto cuando Antioquía se convirtió en una iglesia internacional y multicultural, y comenzó a enviar misioneros. **Hechos 13:2–3** recoge el proceso de selección y confirmación utilizado cuando envió a Bernabé y Pablo, sus primeros misioneros. **Hechos 13:4** muestra que el Espíritu Santo, además de indicarle a la iglesia de Antioquía que enviase a estos misioneros, también los envió a lugares concretos. Esta actividad misionera, guiada por el Espíritu Santo, se continuó moviendo en círculos cada vez más amplios, pasando por encima de barreras culturales. **Hechos 15** muestra que la dirección del Espíritu Santo en cuanto a afirmar el evangelio de Cristo abarca a todos, y no exclusivamente a los judíos. La decisión tomada en la conferencia de Jerusalén bajo la dirección del Espíritu hizo que Pablo, Bernabé y otros cruzasen barreras aún mayores.

En los capítulos siguientes del libro de Hechos, Lucas continúa su descripción del plan redentor de Dios, supervisado por el Espíritu Santo por medio de siervos capacitados por Él. Lucas resalta claramente la idea de que estos apóstoles y creyentes del libro de Hechos recibieron poder y dirección de parte del Espíritu de una manera muy semejante a la de Jesús en su ministerio terrenal.¹

Podemos resumir sucintamente la forma en que Lucas relaciona el bautismo en el Espíritu con la capacitación para realizar la misión de la Iglesia: “La glosolalia, como parte integrante de la experiencia del bautismo en el Espíritu en [Hechos 2](#), representaba una participación verbal en la capacitación por parte del Espíritu y ... el poder creador del Espíritu para iniciar el orden de vida redentor de Cristo.”²

En [Hechos 10](#) y [19](#) se menciona también de manera explícita esta experiencia, y en otros casos más, de manera implícita ([Hechos 4](#) y [8](#)). Parte importantísima de la teología de Hechos es la relación entre las lenguas y el poder del Espíritu para iniciar a una persona y a un grupo como testigos, lo cual tiene lugar tanto de manera individual como corporativa en la misión redentora de Jesucristo.

Tanto en [Hechos 11:17](#) como en [15:18](#), Pedro se refiere al hecho de que la inclusión de los gentiles en la comunidad redentora está conectada con una experiencia común en cuanto al bautismo en el Espíritu. Cuando dice que Dios “les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros” ([15:8](#)), relaciona categóricamente el bautismo en el Espíritu con la intención del derramamiento sucedido el día de Pentecostés. En esencia, lo que les dice a todos los que están escuchando su relato sobre aquel significativo día en la casa de Cornelio, es que el bautismo en el Espíritu con la evidencia de las lenguas forma parte integral de ese encuentro espiritual con Dios. Este encuentro con Dios señala con claridad el señorío de Cristo: Él tiene el dominio. Está dando evidencias de su autoridad al crear en nosotros un nuevo lenguaje, demostrando de esta forma que no sólo es el Creador, sino también el Re-creador. Él es el Dios que está incorporando a algunos de cada tribu, lengua, pueblo y nación a su reino, y las puertas del hades no pueden prevalecer contra tal empresa ([Mateo 16:18](#); [Apocalipsis 5:9](#)). El mismo encuentro con Jesucristo hoy nos capacita para dar testimonio a favor del mensaje del reino de Dios, y para participar creativamente en una comunidad redentora que le grita al mundo: “Reconciliaos con Dios” ([2 Corintios 5:20](#)).¹

Digamos para concluir que se deben reiterar varios temas con respecto a la importancia del poder de Pentecostés para el desarrollo de una

teología de la Iglesia y de su misión. La conexión entre el bautismo en el Espíritu ocurrido en el día de Pentecostés y nuestra comprensión y puesta por obra de la misión de la Iglesia es tal, que están intrínsecamente unidos entre sí. “El poder de Pentecostés significa que la misma vida eterna y sobrenatural de Dios se derramó sobre la Iglesia, y que Él, en su propio ser divino y en su poder, estaba presente en medio de ella.”²

La capacitación que se encuentra presente en el bautismo en el Espíritu tiene por motivo mover al pueblo de Dios a través de los escenarios geográficos y culturales con las buenas nuevas del evangelio. “La misión de la Iglesia es la continuación de la misión de Jesucristo.” Así como le fue dado el Espíritu Santo a Jesús para que realizase su misión ([Lucas 3:22](#)), también ha sido dado a sus discípulos ([Hechos 1:8; 2:4](#)) para que continúen esa misma misión (de reconciliación), y lo hagan con un estilo carismático.³

17.2.3 La conexión mundial

“Cosmovisión” es una expresión usada por los antropólogos para describir lo que se encuentra en el corazón mismo de toda cultura. La cosmovisión es una red de percepciones relacionadas entre sí que guían todas las facetas de la vida de la persona. Es la manera en que perciben y comprenden el universo humano los miembros de una sociedad determinada. Proporciona las pautas en cuanto a nuestro uso del tiempo, y nuestros supuestos con respecto al mundo material. La cosmovisión hace preguntas como éstas: ¿Cuál es la causa de las cosas? ¿Qué poder se encuentra detrás de esta acción? ¿Qué fuerzas están obrando en el universo? ¿Que consecuencias acarrearán estas fuerzas, y son personales, impersonales o ambas cosas a la vez?

La cosmovisión pentecostal refleja una comprensión que abarca la realidad de todos los aspectos de la vida, natural y sobrenatural. La profecía, la dirección divina, las visiones y los sueños, las sanidades y otros milagros, no son considerados como ejemplos estáticos de lo que hizo Cristo, sino como realidades esperadas del presente, que permiten un despliegue de la grandeza y la gloria de Dios. El hecho de que el Espíritu Santo quiera obrar poderosamente en la vida de cada creyente, y a través de ella, puede hacer que cada día sea nuevo y emocionante. Esta capacitación abre la puerta para que el Espíritu le dé al cristiano el sentido de lo que se debe hacer, y la capacidad para hacerlo. Los creyentes pentecostales no se limitan a afirmar que los cristianos tienen derecho a experimentar la actuación sobrenatural del Espíritu de Dios, sino que

también esperan que el poder de Dios penetre en su vida.

No podemos entender la esencia del pentecostalismo sin antes reconocer que nuestro concepto dinámico de la causalidad le da forma a nuestra comprensión de la misión de la Iglesia y la expresión consiguiente de nuestro ministerio para Cristo. El lente a través del cual ven los pentecostales para actuar después, queda descrito en la declaración del profeta Zacarías en la antigüedad: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu” ([Zacarías 4:6](#)). Los pentecostales toman parte en la misión de la Iglesia con la afirmación de que Dios cumple su palabra. Sus propósitos reconciliatorios son firmes, y su poder para convertir en realidad esos propósitos reside en la resurrección de Cristo. Afirmamos también que el poder de Pentecostés es la garantía de que la misión redentora de Cristo continúa intacta por medio del ministerio del Espíritu Santo. El umbral de esta cosmovisión pentecostal es el bautismo en el Espíritu, tal como se describe en [Hechos 1:8](#) y [2:4](#).¹

Aunque todos los cristianos deben considerar la Biblia como su fuente decisiva de autoridad, ciertamente los encuentros con un Dios viviente dejan su huella en nuestra visión sobre la misión de la Iglesia, e incluso en nuestra interpretación de los textos bíblicos. Aunque el pentecostalismo responsable nunca abogará por las experiencias espirituales como un fin en sí mismas, sí afirmamos que el encuentro genuino con el Dios viviente marca una huella en nuestras emociones. Esto es lo que podríamos llamar “teología centrada en Cristo y certificada por la experiencia”.¹ La cosmovisión y, por tanto, las suposiciones previas que tenemos los pentecostales cuando reflexionamos sobre la Iglesia y su misión, no se pueden separar de este encuentro con Dios, porque son algo central dentro de nuestra identidad. En ningún momento es esto más evidente, que cuando intentamos expresar en conceptos lo que debemos convertir en realidad por medio de la misión de la Iglesia.²

17.3 LA VISIÓN DE LA MISIÓN

17.3.1 Las primeras reflexiones teológicas

No se puede comprender adecuadamente la historia del pentecostalismo, separada de su visión misionera. El surgimiento del movimiento pentecostal en los comienzos del siglo veinte trajo consigo un poderoso aumento del esfuerzo misionero. Basta una evaluación superficial de los primeros escritos del avivamiento pentecostal para llevarnos a la observación de que se forjó una relación muy estrecha entre

las lenguas como la evidencia de haber sido revestidos de poder para dar testimonio cristiano, una ferviente esperanza en la pronta venida de Cristo, y su mandato de evangelizar hasta los confines de la tierra. El bautismo en el Espíritu, considerado como el cumplimiento de la profecía de Joel en los “postreros días”, sirvió para dar energía a la entrega de los primeros pentecostales a vigorosos esfuerzos evangelísticos a través de barreras tanto culturales como geográficas.³

William J. Seymour, el líder de Santidad de raza negra del avivamiento en la calle Azusa, afirmaba:

El que está bautizado en el Espíritu Santo tiene el poder de Dios en el alma, y tiene poder con Dios y con los hombres, poder sobre todos los reinos de Satanás, y sobre todos sus emisarios.

Cuando viene el Espíritu Santo y nos toma como instrumentos suyos, éste es el poder que trae convicción a hombres y mujeres y los hace ver que hay una realidad en servir a Jesucristo.

El Espíritu Santo es poder con Dios y con los hombres.¹

The Apostolic Faith [La fe apostólica], publicación de la misión de la calle Azusa, muestra una y otra vez que los primeros líderes pentecostales consideraban el derramamiento del Espíritu de Dios como un cumplimiento de la profecía de Joel y, por consiguiente, una razón de mayor peso para dedicarse a esfuerzos misioneros a nivel mundial. Escribían: “Ciertamente, ha llegado el poder de Pentecostés, y con él, van siguiendo las evidencias bíblicas ... El verdadero avivamiento sólo ha comenzado ... poniendo los cimientos para una poderosa ola de salvación entre los no convertidos.”²

Vale la pena observar que, a pesar de que un número incalculable de personas experimentaron el bautismo en el Espíritu Santo con la evidencia de las lenguas en el soberano mover de Dios a principios del siglo, y de que muchos críticos han calificado al pentecostalismo como “el movimiento de las lenguas”, los primeros líderes, como William Seymour, tenían gran claridad en cuanto a comprender que había algo más significativo dentro de este bondadoso mover de Dios. Seymour exhortaba a las personas a “no salir de esta reunión para hablar sobre las lenguas, sino para tratar de ayudar a las personas a ser salvas”.³

Aunque es cierto que hubo excesos, Seymour y otros líderes se centraron mucho más en la huella cristológica del bautismo en el Espíritu. Exaltar a Cristo era algo esencial para recibir la experiencia. Se debe

considerar esta cristocentricidad como una de las razones clave para el ferviente evangelismo del avivamiento. La huella del bautismo en el Espíritu destacaba más esta conciencia. Estos primeros pentecostales creían que la evidencia bíblica de las lenguas que acompañaba al bautismo en el Espíritu era una señal de que “habían regresado los días de la Biblia”. Miraban al libro de Hechos y veían la capacitación dada por el Espíritu como parte de la continuación del ministerio de Cristo a través de los escenarios culturales. Su lógica consistía sencillamente en seguir esa pauta bíblica, porque ellos también habían tenido un encuentro con el Señor resucitado a través del bautismo en el Espíritu. Esto produjo una conciencia cada vez mayor de que la misión reconciliadora y el ministerio de Cristo eran algo para lo que se les había llamado ahora a ellos. A estos primeros pentecostales se les abrieron los ojos en la dirección del Espíritu, y recibieron poder para obedecer a ese llamado.

Stanley Frodsham, historiador pentecostal que participó en el avivamiento de la calle Azusa, insistía en que la esencia de este movimiento pentecostal original no estaba en las lenguas, sino en la glorificación de la persona del Señor Jesucristo.¹ Esta “teología certificada por la experiencia” llevó a un ferviente esfuerzo misionero, tanto a nivel nacional, como a nivel transcultural. La motivación se originaba claramente en un encuentro profundo y desbordante con Jesucristo, que impulsaba al participante a servir.

J. Roswell Flower escribió en 1908, resumiendo el significado del bautismo en el Espíritu, y su huella en la Iglesia y en su misión:

El bautismo en el Espíritu Santo no consiste solamente en hablar en lenguas. No. Tiene un significado mucho más grandioso y profundo que ése. Nos llena el alma del amor de Dios por la humanidad perdida.

Cuando el Espíritu Santo viene a nuestro corazón, viene con él el espíritu misionero; son inseparables ... Llevar el evangelio a las almas hambrientas de éstas y otras tierras no es más que una consecuencia natural [del bautismo en el Espíritu Santo].²

Otro componente clave de la reflexión de los primeros pentecostales con respecto a la misión de la Iglesia, fue su intensa atención a la verdad de la segunda venida de Cristo. Ciertamente, esto forjó el fervor misionero que hubo a principios del movimiento pentecostal. Los pentecostales afirmaban que las promesas del profeta Joel eran para sus días. Revisaban lo que dice la Biblia de la “lluvia temprana” y la “tardía” (2:23), y daban por supuesto que estaban en el derramamiento del Espíritu de los últimos días, que tendría lugar inmediatamente antes del regreso de Cristo.³ Estaba

presente una mentalidad de “últimos días”.

Aunque muchos consideren al pentecostalismo únicamente como un “movimiento de lenguas”, los primeros pentecostales tenían una comprensión teológica de sí mismos que no se puede desechar simplemente como un movimiento emocional y basado en experiencias. Demostraron tener dentro de una perspectiva correcta las dimensiones experienciales de su espiritualidad, especialmente cuando relacionaban su obediente participación en los esfuerzos misioneros de la Iglesia con el poder recibido en el bautismo del Espíritu Santo.

17.3.2 En las cercanías del siglo veintiuno

No es posible separar la perspectiva pentecostal sobre la Iglesia y su misión, de sus raíces a principios del siglo veinte. Al entrar en el siglo veintiuno, podemos lograr una importante comprensión de nosotros mismos a base de ver cómo entendían los pioneros de este movimiento el bautismo en el Espíritu Santo. Vivimos en un mundo donde la comprensión teológica refleja con demasiada frecuencia la cultura popular que la rodea, y nos vendría bien contemplar el fervor de los primeros pentecostales cuando entraban en “la siega” (véase [Juan 4:35](#)). Así como el libro de Hechos recoge para nosotros el suceso del día de Pentecostés como la garantía de que la misión redentora de Cristo continuó intacta, obtengamos ahora una perspectiva mejor observando a los primeros pioneros del movimiento pentecostal. Ellos afirmaban que “el Consolador había llegado” y, a partir de ahí, anunciaban una cosecha de los últimos días en la cual los creyentes bautizados y revestidos de poder en el Espíritu debían participar gozosamente.

El movimiento pentecostal se presenta como testimonio a todos los cristianos que tienen hambre de Dios para que rompan con el “status quo”, reemplazando las formas religiosas vacías con la vitalidad espiritual, y la vida eclesial centrada en sí misma con la dinámica de una Iglesia en misión al mundo. El Dios que se movió en su misericordia sobre los corazones hambrientos a principios del siglo veinte es el Dios redentor cuya misión no ha cambiado. Él sigue tratando de capacitar a la Iglesia con el poder del día de Pentecostés y envía a su pueblo a manifestar su misión de reconciliación.

En realidad, la misión de la Iglesia es una continuación de la misión reconciliadora de Dios. La misión de Dios siempre ha consistido en tener un pueblo que refleje su gloria (que comprende su personalidad y su presencia). La revelación de sí mismo que hace Dios siempre comprende

sus esfuerzos por reconciliar a la humanidad consigo. Jesús es la imagen más clara de Dios y de su misión que el mundo haya visto jamás. Con su vida, muerte y resurrección vemos la victoriosa terminación de todos los factores necesarios para redimir a la humanidad y restaurarla a la comunión con el Padre. La declaración de estas buenas nuevas es lanzada en la proclamación y el ministerio de Jesucristo. El poder de Pentecostés nos da la seguridad de que la misión de Cristo continúa intacta.¹

Melvin Hodges afirma que la misión de la Iglesia es facilitada por tres aspectos del ministerio relacionados entre sí, cada uno de los cuales es igualmente importante, y cada uno de los cuales es igualmente necesario para la eficacia de los otros dos. En primer lugar, la Iglesia es llamada a ministrarle a Dios a través de la adoración. En segundo lugar, es llamada a ministrar a los miembros de la propia Iglesia. Los miembros de la Iglesia deben ejercitar los dones y la *koinonía* del Espíritu en una relación de edificación mutua. En tercer lugar, la Iglesia debe ministrar al mundo, para proclamar las buenas nuevas del evangelio de Jesucristo. Estos tres aspectos del ministerio relacionados entre sí deben formar parte de la vida de la iglesia local. Todos ellos son necesarios para que la iglesia sea eficaz en su misión.¹

La adoración y el estudio de la Biblia contribuyen al evangelismo y preparan para él. Esta preparación para el evangelismo es una parte importante de la edificación de los creyentes.

Ministrar a Dios. Todo estudio de lo que ha de ser la Iglesia, o lo que ha de hacer en el mundo, debe comenzar necesariamente por su principal ministerio hacia Dios: la adoración. Los cristianos adquieren una conciencia mayor de quiénes son como pueblo de Dios, y el grado en que están unidos, al tener un encuentro con el Dios viviente por medio del ministerio de la adoración. Un ministerio al mundo que refleje las normas del ministerio de Cristo deberá hallar su solidez en el ministerio ferviente a Dios, quien es el único digno de recibir honra de parte nuestra.

La adoración nos lleva más allá de las barreras del tiempo y el espacio y nos permite actualizar nuestra experiencia terrena en un ámbito eterno donde se hace la voluntad de Dios. A partir de este encuentro con lo eterno, nos colocamos en medio de una creación rebelde. Lo hacemos con ansias, porque a través de la adoración al Dios que redime, vemos con mayor claridad nuestro papel en cuanto a reflejar sus propósitos de reconciliación con una humanidad necesitada.²

La adoración debe llevar la impronta de los diversos ministerios del

Espíritu que edifican espiritualmente a los adoradores y le dan honor a Dios. Las lenguas son una parte vital del encuentro de adoración, que nos relaciona directamente con Dios (1 Corintios 14:2, 14). Trascienden las limitaciones ordinarias del habla y entran en un nivel de encuentro con Dios que va más allá de las simples formalidades externas. Permiten que la persona actúe de conformidad con unas posibilidades nuevas, previamente imposibles de imaginar, que no brotan de las percepciones de la realidad existentes con anterioridad. Esta conciencia creciente recibe un carácter auténticamente nuevo. Cuando se ministra a Dios en el poder del Espíritu por medio de la adoración, se produce una comunidad de creyentes que han probado el “vino nuevo”. Ahora no sólo son gente del reino que tiene hambre y sed de Dios y de su justicia, sino también gente que anhela actuar bajo la motivación y la capacitación del Espíritu para formar parte de la continuación del ministerio de Cristo.¹

La adoración pentecostal significa más que el disfrute de la gozosa experiencia del poder de Dios. Está llena de asombro y admiración, mientras contempla la majestad de Dios, que con frecuencia nos inunda con la sensación de lo poco que somos (Isaías 6:5). Trae consigo una madurez que es capacitada para dar testimonio de las buenas nuevas a lo largo y ancho del mundo. Así que se debe equilibrar la actividad del Espíritu en el encuentro de adoración, permitiéndole que impulse a la Iglesia a salir a un mundo necesitado. Dios no nos ha llamado a la comodidad, sino a ser partícipes de su santidad, y compañeros de trabajo en la siega de su campo. La Iglesia no es la Iglesia, a menos que haya vidas transformadas que se vuelvan distintas al estilo de vida y a los ideales de los no creyentes.

En la adoración pentecostal, particularmente a través de la manifestación de todos los dones del Espíritu, vamos más allá de la rutina que aparece con tanta facilidad en nuestra vida. Nuestras tendencias hacia la racionalización necesitan que se las equilibre con unos genuinos encuentros con Dios que nos permitan ministrar en el Espíritu. En esta arena de “trascendencia vivida”, conocemos al buen pastor, cuya naturaleza misma consiste en interactuar con su creación y guiarnos hacia sus propósitos en un ministerio de reconciliación. Además de conocerlo, desarrollamos una intimidad con Él.¹

La comunidad pentecostal en adoración, en realidad se está comprometiendo en un ministerio hacia Dios que reconoce su soberanía sobre el universo. A través del bautismo en el Espíritu, y de una dedicación continua a orar en lenguas y a otros dones del Espíritu, los pentecostales participan en una actividad de adoración que pone los

fundamentos de un ministerio cristocéntrico. Adorar a Dios es encontrarse con Jesús, quien es el Salvador, el Bautizador, el Sanador y el Rey que viene pronto. Por tanto, esta adoración nos impulsa a participar en un ministerio enraizado en la historicidad del ministerio de Cristo en la tierra; ministerio que ha sido traspasado a una forma adecuada al contexto presente.

Cuando las comunidades de creyentes encuentran a Cristo en la dinámica de la adoración espiritual, también aprenden que nunca se puede llegar a entender plenamente la adoración a Dios, a menos que tome lugar en el contexto de los demás creyentes. Esto se debe a que todos los encuentros verdaderos con Dios a través de la adoración levantan comunidades donde los creyentes maduran juntos. A través de su desarrollo corporativo como vehículo de la gracia de Dios, deben lanzarse a dar con sacrificio testimonio de Él, llamados y capacitados por el mismo poder que levantó a Jesucristo de entre los muertos.

Ministrar a la Iglesia. La Iglesia sirve de indicador que guía hacia la reconciliación de los humanos con Dios y entre sí. Es “la comunidad de pecadores justificados ... que experimentan la salvación y viven en acción de gracias ... Con los ojos fijos en Cristo, vive en el Espíritu Santo.”² El ministerio que se extiende hacia la Iglesia afirma que lo que nos une no se puede resumir en el dogma, pero tiene mucho que ver con el hecho de pertenecer a una comunidad que refleja la comunión con Dios y, posteriormente, la fraternidad de una humanidad redimida.

Los escritos del apóstol Juan (especialmente [Juan 17](#) y [1 Juan 4](#)) sugieren un paralelo entre la comunión dentro de la Trinidad y la comunión que se puede llegar a alcanzar dentro de la Iglesia. [Juan 17](#) recoge la oración de Jesús, en la cual Él hace un explícito paralelo entre la comunión que Él ha conocido con el Padre, y lo que pide que se pueda manifestar entre los creyentes en la tierra. El ministerio de los creyentes entre sí debe comprender una actividad que proporcione una expresión sobrenatural de la comunión entre las Personas de la Divinidad y el pueblo de Dios en la tierra, con lo que quedan unidas las relaciones verticales y las horizontales. Por tanto, nosotros les debemos responder a los demás miembros de la Iglesia con la misma actitud de comunión e intimidad que Dios nos ofrece. La comunión con Dios sin la comunión con nuestros hermanos y hermanas en el Señor está relacional y bíblicamente descentrada.¹

En el ministerio a la Iglesia se incluye el compartir la vida divina. Sólo tendremos la dinámica de esa vida mientras permanezcamos en Él y nos

sigamos comunicando su vida unos a otros dentro del cuerpo. Pablo describe este proceso de edificación como una relación de apoyo mutuo: Nos pertenecemos los unos a los otros, nos necesitamos mutuamente, nos afectamos mutuamente ([Efesios 4:13–16](#)).² En esto se incluye el sacrificarse para ayudar a los demás en sus necesidades. No somos un club social, sino un ejército que exige cooperación y preocupación mutua cuando nos encontramos con el mundo, negamos la carne y resistimos al diablo.

Dios no nos consulta acerca de las personas que Él trae a la Iglesia. [Gálatas 3:26–29](#) dice con claridad que Cristo ha convertido en carentes de sentido todas las barreras fabricadas por los humanos entre Dios y ellos, y también entre ellos mismos. El Espíritu ha ido más allá de los lazos y las fronteras de los humanos y nos ha puesto en una unión donde vivimos al máximo las consecuencias de pertenecernos mutuamente debido a nuestro lazo común en Cristo. Seamos pobres o ricos, cultos o incultos, con talentos o carentes de ellos, y cualquiera que sea nuestra procedencia étnica, no debemos despreciarnos unos a otros, o pensar que disfrutamos de una categoría especial superior a otros ante Dios. Él no acepta favoritismos ([Efesios 6:8](#); [Santiago 2:1–9](#)).

El uso que hace Pablo de la metáfora del cuerpo de Cristo reconoce que todas las partes de ese cuerpo “son interdependientes y necesarias para la salud del cuerpo”.³ La dinámica de relación no es una simple opción conveniente. Fuimos hechos a imagen de Dios ([Génesis 1:26–28](#)), y la Iglesia debe ser una restauración corporativa de esa imagen quebrantada. La Iglesia no es sólo una buena idea; es esencial dentro del plan redentor de Dios ([Efesios 3:10–11](#)). Dios manifiesta ante el mundo su presencia a través de un pueblo donde hay apoyo mutuo, y cuyos miembros son siervos los unos de los otros.¹

Puesto que el ministerio a la Iglesia refleja una imagen bíblica de la Iglesia como organismo, podemos ver cómo la dimensión relacional de vida en la Iglesia es dinámica y no estática. Ciertamente, producimos un efecto los unos en los otros. El ministerio a la Iglesia contrarresta la tendencia de la sociedad occidental a realzar al individuo por encima de la comunidad. El ministerio de la Iglesia incluye la preparación de un grupo de personas que viven en comunidad para que puedan crecer hasta convertirse en una entidad madura, bien equilibrada y llena de amor. Pablo dice claramente en [Efesios 4:11–16](#) que el perfeccionamiento de los santos para servir con compasión en el nombre de Cristo debe producirse en comunidad. El crecimiento espiritual, y el contexto en el que éste se produce con mayor eficacia, no aparecen por simple coincidencia. La maduración como creyente no puede tener lugar fuera de la comunidad de

fe. El discipulado no tiene más contexto que el de la Iglesia de Jesucristo, porque cuando alguien sigue fielmente a Jesús, no se le puede mantener alejado de una participación cada vez más madura con los demás creyentes en la vida y el ministerio de Cristo.²

El tema de la *koinonía* (“fraternidad”, “participación”, “comunidad”) es un tema bíblico que ofrece una perspectiva enriquecedora para la comprensión del ministerio a la Iglesia. Es algo que crea el Espíritu Santo cuando llena de poder la afirmación común de los creyentes de que Jesús es Señor de la Iglesia. Idealmente, la comunidad donde existe comunión se manifiesta ante el mundo como un recordatorio siempre presente del aspecto que toma la vida donde Dios reina.³ Esta *koinonía* está impregnada de la personalidad misma de Cristo, que tiene un efecto de aprendizaje y edificación sobre la comunidad cristiana.⁴ Aunque, ciertamente, la enseñanza de las verdades que presenta la Palabra de Dios sea vital para el ministerio a la Iglesia, los discípulos no se edifican solamente a base de enseñarles verdades, sino también por estar en una comunidad generosa, amorosa y llena de apoyo de personas que son conformadas juntas a la imagen de Cristo.⁵

Los creyentes están madurando hacia la existencia de una comunidad que manifieste la personalidad, la autoridad y el poder de Cristo. Por consiguiente, las estructuras y los procesos que nosotros creemos para nuestra maduración corporativa y nuestro perfeccionamiento en Cristo deben facilitar el cultivo y la manifestación del fruto y los dones del Espíritu. Las iglesias que no le permiten a la *koinonía* del Espíritu que cree su ministerio mutuo, pierden la comunión con Cristo. Él hizo la promesa de estar con nosotros para siempre al mismo tiempo que daba la orden de “ir y hacer discípulos”.¹

Ministrar al mundo. Que la identidad de la Iglesia está atada al ministerio en el mundo es una premisa principal. Por consiguiente, debemos reflexionar cuidadosamente sobre las actividades en las que nos comprometemos en el nombre de Cristo, y en la forma en que esas actividades son una réplica del ministerio de Cristo en la tierra. Su ministerio fija la norma por la cual nosotros hemos de evaluar el nuestro. Este proceso es crítico, a la luz de [Mateo 7:21–23](#), porque indica que no hemos de dar por supuesto que nuestro ministerio es representativo. Sólo si ciertamente toma sobre sí el carácter y los propósitos de Cristo, y si está lleno del poder divino, podremos tener la esperanza de alinearnos dentro de la continuación de su ministerio. Pentecostés, y el revestimiento de poder por parte del Espíritu Santo, son los que garantizan que podremos hacerlo.

Uno de los credos cristianos más antiguos dice simplemente: “Jesús es Señor.” Esta afirmación era la declaración por parte de la Iglesia Primitiva de que Cristo no reina solamente sobre la Iglesia, sino también sobre el universo y sus propósitos.² La declaración sobre quién es Jesucristo, y qué ha hecho y hará, es la esencia de la proclamación bíblica. La Iglesia no puede escapar al hecho de que hacer la confesión de que Jesús es Señor mueve a los creyentes a la proclamación de esta realidad divina ante el mundo. No podemos confesar que Jesús es Señor, sin proclamar al mismo tiempo su señorío sobre todas las naciones.³

Ciertamente, este tema bíblico le da contenido al ministerio hacia el mundo. La declaración de que Jesús es Señor llama a todos los seres humanos a rendir cuentas ante Dios. Todo ministerio debe llevar consigo la necesidad de proclamar un mensaje de consecuencias divinas; el evangelio de las “buenas nuevas” ([Marcos 1:14](#)) es un mensaje de juicio, al mismo tiempo que un camino al arrepentimiento, y la promesa de una nueva manera de vivir.¹

La proclamación de Cristo y de su oferta de salvación no es solamente una afirmación para meditarla y dialogar sobre ella; exige una decisión ([Mateo 18:3](#)). Es una demanda, al mismo tiempo que una invitación a unirse al pueblo de Dios, que disfruta ahora de “sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” ([Filipenses 4:19](#)). Es también la demanda de consagrarse por completo a Dios y a la humanidad. Debe haber en la Iglesia un sentido de urgencia en cuanto a la proclamación de este evangelio, además de la disposición a llamar al arrepentimiento y a la obediencia a la Palabra de Dios.²

Se puede describir la *diakonía* (“servicio”, “ministerio”) como el conjunto de esfuerzos por servir a Cristo que continúa el ministerio encarnacional que Él llevó a cabo y nos capacita para llevar a cabo nosotros. La característica de ese ministerio es el ser siervos; no imita los modelos de autoridad o de propósitos que ofrece este mundo. La esencia del ministerio ha quedado modelada de una vez por todas en Cristo ([Marcos 10:45](#)) y, por consiguiente, nosotros servimos a Cristo al servir a la creación que se halla bajo su señorío.³

La dimensión de servicio dentro del ministerio nos lleva de la valiente proclamación de las buenas nuevas a la participación en el deseo de Dios de llegar hasta los parias de la sociedad de una manera práctica. Las personas que no tienen nadie que defiendan su causa, y que han sido ignoradas y abandonadas, también fueron creadas a imagen de Dios. La Iglesia, revestida con el poder del Espíritu, para ver realizados los

propósitos de Dios, debe ir más allá de las palabras, y llegar a los hechos. No podemos escapar a la realidad de que para servir realmente dentro de la continuación del ministerio de Jesucristo, nuestro servicio debe seguir el ejemplo del suyo.

[Lucas 4:18–21](#) destaca el ministerio del siervo. La soberanía del Señor Jesús nos lanza a ser algo más que una versión cristiana de la Cruz Roja. Cristo ha vencido al mal que es perpetrado en las víctimas de todo el mundo. ¿Cómo puede manifestar esta victoria el ministerio del siervo a través de la compasión en medio de la maldad? La incapacidad física no es un obstáculo para el reinado de Dios. En medio de la enfermedad y de la tragedia física, tenemos ahora el privilegio de decir: “¡Levántate y queda sano!” Ante los que están atados a las cadenas de lo demoníaco, cautivos del poder destructor del maligno, podemos proclamar que la liberación está a su alcance, y que el “nuevo” dominio de Dios liberta a los cautivos.¹ Ante las numerosas masas humanas a las que la sociedad ha abandonado junto al camino de la vida, podemos demostrar con autoridad, a través de nuestros actos palpables de misericordia y compasión, que el reino de Dios les trae dignidad y valor humano a los “más pequeños” ([Mateo 25:40](#)).²

Los pentecostales debemos darnos cuenta de que nuestro explosivo crecimiento en todo el mundo entre los más abandonados de la humanidad nos exige que pensemos seriamente en la forma más poderosa y clara de participar en el ministerio de siervos. No estamos creciendo de una manera sin precedentes en las partes no occidentales del mundo, a causa de ningún accidente. En esos mismos lugares, la población suele sufrir opresión y carecer de dignidad.³

La Iglesia, llena del Espíritu de Dios, puede desarrollar creativamente este servicio, y actuar compasivamente a través de él (movida por el corazón reconciliador de Dios) a favor de los “más pequeños”. El poder transformador de Dios, que nos cambia al convertirnos, nos reúne en comunidades que reflejan corporativamente la reconciliación de Dios ([1 Corintios 12:13](#); [2 Corintios 5:17–20](#)). Estas comunidades llenas de poder no se deben restringir en cuanto a la clase de personas a las que han de servir, puesto que se hallan bajo el dominio de Aquél que ha identificado claramente el objeto de su amor ([Lucas 4:18–19](#)). No podemos hacer otra cosa más que reflejar a nuestro Comandante en Jefe, quien busca a los que aún están encadenados al pecado, cautivos del diablo. El Espíritu anhela llenar de poder a su pueblo para que entre osadamente en las arenas de la desesperanza y la destrucción, de manera que no nos convirtamos en una Iglesia como el pueblo al que censuró el profeta Amós: un pueblo con una

religión ritualista, pero sin misericordia ni contenido ético.⁴ En nombre de nuestro testimonio, debemos olvidar nuestros derechos, ser humildes y perdonar en medio de la persecución, y estar “siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que nos demande razón de la esperanza que hay en nosotros, teniendo buena conciencia” (1 Pedro 3:15–16).

Necesitamos repetir que la identidad de los pentecostales debe estar enraizada en Hechos 1:8. Estas palabras afirman con claridad que la Iglesia existe para dar testimonio a todo el planeta. La *koinonía* creada por el Espíritu, la proclamación de que Jesús es Señor y Salvador, y el compasivo ministerio de siervos presentan todos reunidos un poderoso testimonio a favor de la continuación del ministerio de Jesucristo.¹

El testimonio al mundo es la manifestación en la práctica de nuestra participación en la misión divina de reconciliación con el mundo. Proclamamos y demostramos el carácter compasivo y el poder lleno de autoridad de Cristo que ha irrumpido en la era presente. A través de nuestras palabras y obras, testificamos a favor de las buenas nuevas de que Jesús ama a los pobres, los enfermos, los hambrientos, los poseídos por demonios, los torturados físicamente, los heridos emocionalmente, los que nadie ama, los que todos rechazan, e incluso los autosuficientes. Entonces, continuamos amándolos e interesándonos por ellos, para hacerlos discípulos que ya no sean “niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error” (Efesios 4:14).²

Una motivación primordial del ministerio pentecostal en el mundo ha sido la creencia de que ministramos como testigos del poder y la autoridad de Cristo. Por tanto, las demostraciones del poder del Espíritu son un elemento esencial de ese testimonio (Marcos 16:15–20), porque el ministerio de Cristo continúa intacto por el poder del Espíritu Santo (Mateo 28:19–20). La demostración sobrenatural de la presencia y el poder de Dios supera la resistencia de la humanidad al evangelio. Esas demostraciones son en realidad la presencia del Cristo resucitado, que ha quebrantado el dominio de Satanás y ahora está convirtiendo en espectáculo público la insuficiencia de todo poder que ponga en tela de juicio la autoridad divina de Cristo (Colosenses 2:15). Cuando las personas entran en contacto con este testimonio a favor de la autoridad de Cristo, se están encontrando con la realidad de Dios y la comunidad del poder de Dios que da un testimonio lleno de autoridad a favor del señorío de Cristo sobre el mundo, la carne y el diablo.³

Este poder lleno de autoridad en palabras y obras ha recibido una renovación en el mundo contemporáneo. La experiencia pentecostal testifica a favor del hecho de que Dios les ha recordado a cuantos proclaman a Jesús como Señor que Él no los ha dejado huérfanos ([Juan 14:18](#)), sino que los ha enviado con poder para que continúen su misión redentora. Pentecostés testifica a favor de la “lluvia tardía” ([Oseas 6:1–3](#); [Joel 2:23–27](#)) inmediatamente anterior al pronto regreso de Cristo. Nos envía en un ministerio al mundo con una compasión y una pasión inspiradas por Dios. Entramos en esta batalla con gozosa expectación. Stanley Frodsham lo resume bien cuando escribe:

Queda poco tiempo; se acerca la venida del Señor; las oportunidades presentes para el evangelismo no van a durar mucho.

Gracias a Dios, Él está derramando poderosamente su Espíritu en los últimos días.

El fuego sigue ardiendo ... y seguirá ardiendo hasta aquel día feliz en el que el Señor Jesucristo descienda desde el cielo para recoger a su Iglesia, que estará con Él para siempre.¹

17.4 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. ¿Por qué tiene una importancia extrema la experiencia pentecostal para la perspectiva pentecostal en cuanto a la Iglesia y su misión?
2. ¿Qué añade el estudio del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento a nuestra comprensión de la Iglesia contemporánea y de su misión en el mundo?
3. ¿Cómo nos ayuda la epístola a los Efesios a ver a la Iglesia en misión como mucho más que un programa con un presupuesto, entre otros programas más?
4. ¿Qué tiene de exclusiva la comprensión de Lucas en cuanto al poder de Pentecostés y a la misión?
5. ¿Cómo están intrínsecamente unidos entre sí el bautismo en el Espíritu Santo y nuestra comprensión de la misión de la Iglesia?
6. ¿Cómo entendían los primeros pentecostales la conexión entre el derramamiento del Espíritu que comenzó en el año 1900 y el desarrollo de una visión en cuanto a la misión de la Iglesia?
7. ¿Cómo alimenta la comprensión pentecostal de la adoración nuestro

fervor en cuanto a la misión?

8. ¿Cómo se pueden ver la palabra “misión” y el ministerio triple de la Iglesia como un todo integrado?
9. ¿Cómo crea el Espíritu la *koinonía* bíblica?
10. Mencione algunas de las formas en las que podemos esperar ver el poder de Cristo manifestado en nuestro ministerio.
11. Revise la declaración resumida de Stanley Frodsham que se halla al final de este capítulo. ¿Cómo da una buena síntesis de la cosmovisión pentecostal, y la forma en que comprendemos a la Iglesia y su misión?

¹ Ray S. Anderson, “A Theology for Ministry”, en *Theological Foundations for Ministry*, Ray Anderson, ed. (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1979), pp. 6–7.

² Vinson Synan, *In the Latter Days* (Ann Arbor, Mich.: Servant Books, 1984), p. 7.

¹ Roger E. Hedlund, *The Mission of the Church in the World* (Grand Rapids: Baker Book House, 1991), p. 33.

² *Ibíd.*, pp. 22–23.

³ Alguien los ha comparado con los comandos de la Segunda Guerra Mundial. Los comandos eran grupos escogidos que penetraban en territorio dominado por el enemigo para hacer una cabeza de puente, de manera que otros los pudiesen seguir.

¹ Johannes Verkuyl, “The Biblical Foundation for the Worldwide Mission Mandate”, en *Perspectives on the World Christian Movement*, Steven C Hawthorne y Ralph D. Winter, eds. (Pasadena, Calif.: Institute of International Studies, 1981), p. 36.

² Walter C Kaiser, Jr., “Israel’s Missionary Call”, en *Perspectives on the World Christian Movement*, pp. 26–27.

¹ *Ibíd.*, p. 26.

² Edward J. Young, *The Book of Isaiah*, vol. 3 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1972), p. 274.

³ Darrell Guder, *Be My Witnesses* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1985), pp. 14–15.

¹ George E. Ladd, *The Gospel of the Kingdom* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1973), p. 31.

² Gordon Fee, “The Kingdom of God and the Church’s Global Mission”, en *Called and Empowered: Global Mission in Pentecostal Perspective*, eds. Murray A. Dempster, Byron D. Klaus, Douglas Petersen (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1991), p. 14.

3 *Ibíd.*, p. 7.

4 Ésta es la idea central de [2 Timoteo 4:7](#). Pablo había peleado “la buena batalla”; la única batalla digna de ser peleada.

1 Stanley A. Ellisen, “Everyone’s Question: What Is God Trying to Do?” en *Perspectives on the World Christian Movement*, p. 23.

2 Charles Van Engen, *God’s Missionary People: Rethinking the Purpose of the Local Church* (Grand Rapids: Baker Book House, 1991), pp. 52–55.

1 Lesslie Newbigin, *Sign of the Kingdom* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1980), pp. 61, 63. *Íd.*, *The Household of God* (Nueva York: Friendship Press, 1953), pp. 169–170.

2 Hedlund, *Mission of the Church*, pp. 256–257.

3 Gordon D. Fee, *Gospel and Spirit* (Peabody: Hendrickson Publishers, 1991), pp. 137–138.

1 Robert P. Menzies, ed., “The Essence of Pentecostalism”, *Paraclete* 26 (verano de 1992), pp. 4–5.

2 Melvin Hodges, “A Pentecostal’s View of Mission Strategy”, *The Conciliar-Evangelical Debate: The Crucial Documents, 1964–1976*, 2ª ed., Donald McGavran, ed. (South Pasadena, Calif.: William Carey Library, 1977), p. 142.

3 Roger Stronstad, *Charismatic Theology of St. Luke* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1984), pp. 49–53.

1 Frank B. Stanger, *The Church Empowered* (Grand Rapids: Francis Asbury Press, 1989), p. 33. Newbigin, *Sign of the Kingdom*, p. 41.

2 Murray W. Dempster, “The Church’s Moral Witness”, *Paraclete* 23 (invierno de 1989), p. 2.

1 Las palabras que dijo Pedro no constituyen un sermón en el sentido corriente del término, sino una manifestación del don de profecía. “Habló” (gr. *apefzénxato*, [Hechos 2:14](#)) es una forma del mismo verbo traducido como “hablasen” (gr. *apofzégueszai*) cuando hablaban en otras lenguas según el Espíritu les daba que hablasen. A. T. Lincoln, “Theology and History in the Interpretation of Luke’s Pentecost”, *Expository Times* 96 (abril de 1985), pp. 204–209.

1 Dempster, “Moral Witness”, p. 3. Donald Senior y Carroll Stuhlmueller, *The Biblical Foundations for Mission* (Maryknoll, N.Y.: Orbis Books, 1983), p. 259.

1 James B. Shelton, *Mighty in Word and Deed* (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1991), pp. 125–126.

2 “Hablar en lenguas”, del griego *glóssa*, “lengua” y *laliá*, “habla”, “discurso”. Dempster, “Moral Witness”, p. 3.

1 Howard M. Ervin, *Conversion-Initiation and the Baptism in the Holy Spirit* (Peabody, Mass.:

Hendrickson Publishers, 1984), pp. 41–42.

2 T. F. Torrance, “The Mission of the Church”, *Scottish Journal of Theology*, p. 19 (junio de 1966), p. 132.

3 Arnold Bittlinger, “The Significance of Charismatic Experiences for the Mission of the Church”, *International Review of Mission*, p. 75 (abril de 1986), p. 120.

1 Estos conceptos formaban parte originalmente de un proyecto de grupo, como parte de un trabajo universitario ofrecido en el verano de 1990 por el Centro de Estudios de Costa Rica, en San José, Costa Rica. Este centro es parte del trabajo a nivel de maestría ofrecido en Costa Rica por el Southern California College, colegio universitario de las Asambleas de Dios en Costa Mesa, California. Los que participaron en este proyecto fueron Bob Abair, Kathleen Jingling y Denise Johnson-Ryan. Los supervisores de la facultad fueron Byron D. Klaus y Douglas Petersen.

1 Willam MacDonald, “A Classical Viewpoint”, en *Perspectives on the New Pentecostalism*, Russell P. Spittler, ed. (Grand Rapids: Baker Book House, 1976), p. 6.

2 Roger Stronstad, “Pentecostal Experience and Hermeneutics”, *Paraclete* 26 (invierno de 1992), pp. 16–17.

3 Gary B. McGee, “Early Pentecostal Missionaries-They Went Everywhere Preaching the Gospel”, en *Azusa Street and Beyond*, ed., L. Grant McClung, Jr. (South Plainfield, N.J.: Bridge Publishing, Inc.), p. 33.

1 L. Grant McClung, Jr., “Truth on Fire: Pentecostals and an Urgent Missiology”, en *Azusa Street and Beyond*, p. 50.

2 *The Apostolic Faith* (septiembre de 1906), p. 1; citado en Gary B. McGee, *This Gospel Shall Be Preached*, vol. 1 (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1986), p. 44.

3 McClung, “Truth on Fire”, p. 50.

1 *Ibíd.*, p. 51.

2 J. Roswell Flower, *The Pentecost*, editorial (agosto de 1908), p. 4; citado por McGee, *This Gospel Shall Be Preached*, vol. 1, pp. 45–46.

3 McClung, “Truth on Fire”, pp. 51–52.

1 Tom Bohnert, “A Pentecostal Theology of Church Mission and Its Implications for Ministry” (Trabajo de investigación para la Maestría, mayo de 1992). Tengo una deuda con el trabajo de Tom Bohnert, quien ha explorado los aspectos de la reflexión teológica pentecostal sobre la Iglesia y su misión.

1 Melvin L. Hodges, *A Theology of the Church and Its Ministry: A Pentecostal Perspective* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1977), p. 77. Las Asambleas de Dios de los Estados Unidos, en el Artículo V, 10 de la Declaración de Verdades Fundamentales de su Constitución,

declara esto con carácter de prioridad: “Puesto que el propósito de Dios con respecto al hombre es buscar y salvar lo que está perdido, ser adorado por el hombre y edificar un cuerpo de creyentes a la imagen de su Hijo, la razón de prioridad para constituir las Asambleas de Dios como parte de la Iglesia es:

a. Ser una agencia de Dios para la evangelización del mundo ([Mateo 28:19–20](#); [Marcos 16:15–16](#); [Hechos 1:8](#)).

b. Constituir un cuerpo en el cual el hombre pueda adorar a Dios ([1 Corintios 12:13](#)).

c. Servir de canal para el propósito de Dios de construir un cuerpo de santos que vayan siendo perfeccionados a la imagen de su Hijo ([1 Corintios 12:28](#); [14:12](#); [Efesios 4:11–16](#).)”

² Byron D. Klaus, “A Theology of Ministry: Pentecostal Perspectives”, *Paraclete* 23 (verano de 1989), pp. 1–10. Los pensamientos y conceptos expuestos en esta sección aparecieron en su forma inicial en la edición del verano de 1989 de la publicación *Paraclete*. A lo largo de estas secciones se desarrollaron los mismos conceptos, después de haberlos puesto al día.

¹ Klaus, “A Theology of Ministry”, pp. 1–10. Véase también Murray Dempster, “Soundings in the Moral Significance of Glossolalia”, trabajo de investigación presentado en la reunión anual de 1983 de la Sociedad de Estudios Pentecostales, en Cleveland, Tenn., noviembre de 1983.

¹ Ray Anderson desarrolla el concepto de “trascendencia vivida” en *Historical Transcendence and the Reality of God* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1975). Aunque postula el concepto a través de la tradición reformada, lo cierto es que resulta prometedor para los pentecostales que quieran describir la sacudida que se produce en las comunidades de creyentes como reacción a la realidad de la presencia de Dios, tal como se la encuentra en la adoración.

² Jurgen Moltmann, *The Church in the Power of the Spirit* (Londres: SCM Press Ltd., 1977), p. 33.

¹ Klaus, “A Theology of Ministry”, pp. 6–7.

² Greg Ogden, *The New Reformation: Returning the Ministry to the People of God* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1990), p. 36.

³ *Ibíd.*, p. 38.

¹ *Ibíd.*, p. 40.

² Los libros cristianos, las Biblias de estudio, las cintas grabadas, la radio y la televisión tienen su lugar, pero no se los debe usar como excusa para descuidar la fraternidad y el ministerio de la iglesia local ([Hebreos 10:25](#)). Howard A. Snyder, *The Community of the King* (Downers Grove, Ill.: Inter Varsity Press, 1977), p. 75.

³ Murray W. Dempster, “Evangelism, Social Concern, and the Kingdom of God”, en *Called and Empowered*, pp. 30–31.

⁴ La iglesia local siempre tendrá limitaciones y debilidades; la cizaña permanecerá entre el trigo

hasta el final. La Biblia no enseña que haya que arrancarla como preparación para la segunda venida de Cristo (Mateo 13:29).

5 Bohnert, “Pentecostal Theology”, p. 17.

1 Ibíd., p. 19. Van Engen, *God’s Missionary People*, p. 92.

2 Harry R. Boer, *Pentecost and Missions* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1961), pp. 153–155.

3 Van Engen, *God’s Missionary People*, p. 93.

1 Orlando E. Costas, *The Integrity of Mission* (San Francisco: Harper and Row, 1979), pp. 3–6.

2 No se deben modificar ni el mensaje ni la adoración para hacer que la gente se sienta cómoda.

3 Guder, *Be My Witnesses*, p. 206.

1 Douglas Petersen, “The Kingdom of God and the Hermeneutical Circle: Pentecostal Praxis in the Third World”, en *Called and Empowered*, pp. 52–53.

2 Los creyentes adinerados tienen la responsabilidad de dar generosamente. En lugar de deleitarse en el lujo, las casas costosas, los autos caros, etc., deberían sacrificarse para extender el evangelio y ayudar a los pobres. Lo mismo deberían hacer las iglesias ricas, y también todos nosotros.

3 Larry Pate, distinguido misionólogo pentecostal, define el “mundo de los dos tercios” como una expresión que representa a las dos terceras partes de las tierras del mundo, y a las dos terceras partes de la población mundial. Véase Larry D. Pate, *From Every People* (Monrovia, Calif.: MARC, 1989).

4 Dempster, “Evangelism, Social Concern”, p. 32.

1 Van Engen, *God’s Missionary People*. p, 97.

2 No basta que la persona repita la oración del penitente. Debe convertirse en parte vital de la iglesia local en su adoración y su ministerio.

3 Don Williams, *Signs and Wonders and the Kingdom of God* (Ann Arbor: Vine Books, 1989), p. 137.

1 Stanley H. Frodsham, *With Signs Following* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1946), pp. 275–279.